

Más allá de la puerta del aula

Como educadora infantil, una de las lecciones más valiosas que he aprendido es que el aprendizaje no pertenece únicamente a la escuela. Aunque el aula es un espacio privilegiado para descubrir, explorar y construir conocimientos, las experiencias que realmente dejan huella son aquellas que logran conectar con la vida de los estudiantes y con el mundo que los rodea.

A lo largo de mi trayectoria profesional he comprobado que los niños aprenden mejor cuando encuentran propósito en lo que hacen. Cuando observan su entorno, escuchan las historias de sus familias, participan en actividades de su comunidad o descubren que sus ideas pueden generar cambios, el aprendizaje deja de ser una tarea para convertirse en una experiencia que despierta curiosidad, emoción y sentido de pertenencia.

En educación infantil, esta conexión ocurre de manera natural. Un paseo por el vecindario puede convertirse en una oportunidad para desarrollar habilidades de observación. Una conversación con una familia puede abrir la puerta al reconocimiento de distintas culturas, tradiciones y

formas de vivir. Una experiencia compartida con la comunidad puede enseñar mucho más sobre empatía, respeto y colaboración que cualquier explicación teórica.

Sin embargo, para que esto suceda, necesitamos mirar la educación desde una perspectiva más amplia. Durante mucho tiempo hemos asociado el aprendizaje con contenidos, tareas y resultados.

Hoy estoy convencida de que también debemos centrarnos en las relaciones, las experiencias y los vínculos que permiten a los estudiantes comprender quiénes son y cuál es su papel dentro de la sociedad.

Cuando la escuela se abre a la comunidad, los niños descubren que aprender tiene un propósito. Comprenden que el conocimien-

to no está aislado en un libro, sino presente en las personas, en los espacios que habitan y en las situaciones que viven cada día. Al mismo tiempo, desarrollan habilidades fundamentales para la vida, como la comunicación, la colaboración, la sensibilidad social y la capacidad de actuar de manera consciente frente a su entorno.

Creo profundamente que educar no consiste únicamente en transmitir conocimientos. Educar es acompañar a otros en el descubrimiento de sí mismos y de su relación con el mundo. Por eso, cada vez que logramos tender puentes entre la escuela, las familias y la comunidad, estamos ofreciendo a nuestros estudiantes algo mucho más valioso que una lección: les estamos ayudando a encontrar sentido en lo que aprenden.

Porque algunas de las enseñanzas más importantes no ocurren dentro de cuatro paredes. Ocurren cuando los niños descubren que forman parte de una comunidad que también los educa, los inspira y les muestra que el aprendizaje puede estar presente en cada encuentro, en cada historia y en cada experiencia compartida.



A lo largo de mi trayectoria profesional he comprobado que los niños aprenden mejor cuando encuentran propósito en lo que hacen.